POÉTICA DEL EMPLEO

Noémi Lefebvre

Traducción de Cristina Pineda

LA NAVAJA

POÉTICA DEL EMPLEO

NOÉMI LEFEBVRE

POÉTICA DEL EMPLEO

Traducción de
Cristina Pineda

Primera edición: abril, 2023

© Éditions Gallimard, Paris, 2018
© de la traducción: Cristina Pineda, 2023
© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S. L., 2023

Ilustración de cubierta: Marisa Maestre

Publicado por La Navaja Suiza Editores
Editorial Humbert Humbert, S.L.
Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID
http://www.lanavajasuizaeditores.com

Prohibida la venta en los países de América Latina

Impresión: Kadmos, S. C. L.
Impreso en España – Printed in Spain
ISBN: 978-84-125309-6-4
Depósito legal: M-366-2023
Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

Poética del empleo 11

Epílogo, por Cristina Pineda 107

I

Había viento del norte y los aviones pasaban dando vueltas, las tiendas estaban abiertas al amor de todas las cosas, los militares de a cuatro y la policía de a tres se dedicaban a patrullar las calles.

No hay mucha poesía en este momento, le dije a mi padre.

Se lo dije como una impresión o quizás una opinión, y no como una idea, o sea nada que pretendiera imponerle, era para que mi padre apreciara conmigo algo curioso en este nuevo ambiente, hay que decir que yo estaba bajo la influencia de los libros y el imperio de la droga, había estado fumando mientras leía a Klemperer y había leído a Kraus comiendo plátanos y releído a Klemperer volviendo a fumar bastante, su diario entero y, sobre todo, *LTI: La lengua del Tercer Reich,* en Klemperer me había detenido largo rato en un solo momento de todo el Tercer Reich,

resumido, en verdad, desde el principio por una sola frase que he leído y releído para captar su amplitud: *Existe una ofuscación que actúa sobre casi todos.*

Mi padre iba en su 4x4, sentado noblemente por encima de la gente ordinaria, colocándose el retrovisor a la altura de los ojos, dirigía al mismo tiempo un *concerto* en do sostenido menor, codificaba los resultados de la secuenciación del genoma, debatía los fundamentos del valor, removía la tierra junto a los campesinos de Ardèche, redactaba su ensayo sobre filosofía escolástica, iba a visitar a niños con cáncer, salvaba a seres humanos de ahogarse en el Mediterráneo, veía la tele en calzoncillos, hacía de donante de sangre universal, se cortaba las uñas leyendo a Sófocles, era digno y bello, finalmente dijo:

–¿Cómo puedes saber si hay poesía o no, si hay mucha o poca? Pretendes medir la cantidad de poesía, pero ¿sabes qué es la poesía, por lo menos?

–Puede que no, Papá

–E incluso si los expertos en poesía pudieran calcular la tasa de poesía y constatar una tendencia a la baja, ¿cómo puedes establecer tú que esa bajada tendencial de la tasa de poesía tiene algún tipo de relación con lo que está pasando en este momento?

–No puedo, Papá

–¿No te parece que está un poco fuera de lugar hablar de poesía precisamente en este momento?
–Sí, Papá

–¿Acaso no hay problemas más urgentes?
–Sí, Papá

–El archiduque Francisco Fernando, tras haber matado cerca de trescientos mil bichos más o menos feroces, entre ellos miles de gaviotas y unos cuantos cientos de canguros, arrastró a todo el mundo a la guerra mundial y a él mismo le dispararon como a un conejo. Y tú preocupándote de la poesía
–No me preocupo, Papá

–¿Qué importa la poesía cuando hay locos llenos de odio mundial a los que les vuelan los sesos delante de todo el mundo?
– Cierto, Papá

–¿Cuando llaman a nuestras puertas guerras lejanas? ¿Cuando Europa se encuentra asaltada por la duda y las deudas con Grecia?
–Eso también, Papá

–¿Acaso no tenemos que proteger antes que nada esa Libertad tan necesaria para que ejerzamos nuestros derechos fundamentales, entre los cuales, por ejemplo, el de hacer poesía si nos da la gana?

–¿Pero *ejerzamos* quiénes, Papá? ¿De quién estás hablando? ¿De los habitantes de aquí? ¿De los amigos de la patria? ¿Del ciudadano medio?

–¡Reflexiona por tu cuenta!

Si quería decir que las cosas se habían puesto serias y que, en consecuencia, de la poesía pasaba todo dios, yo estaba bastante de acuerdo dado que los poetas en su mayoría me mataban de aburrimiento, así que hubiera preferido no discutirlo, pero mi padre apenas estaba empezando a divertirse con su mala fe de unidad nacional, al tiempo que hojeaba *Le Progrès* de la noble villa de Lyon.

–¿Cómo se te ocurre asegurar, mientras la policía y el ejército velan por la Libertad, que falta poesía? ¿No es esa la prueba de una asquerosa mentalidad completamente derrotista?

Yo tenía el defecto de imaginar que la poesía sería la libertad de decir cualquier cosa fueran cuales fueran los atentados a la República y las amenazas que pesaran sobre la Democracia, defendía ese punto de vista totalmente infundado y sin relación alguna con la actualidad de los tiempos, que habían cambiado, mientras que era, justamente, la Libertad, según me explicaba mi padre con el tono habitual de sus clases magistrales, sí, la misma Libertad que se inscribía en la fachada de los colegios y de todas esas antiguas instituciones de por aquí,

la que se encontraba amenazada por los enemigos de la Civilización, es decir, de Occidente y por tanto de Europa, más aún, de la República y primero que todo de Francia, lo cual quería decir…

–¿Qué quiere decir eso, Papá?

Él: quería decir que los poetas tenían nuevos deberes, que ellos también tenían que empezar a contribuir, escribirían desde entonces dentro del marco sagrado de la defensa nacional de la Europa liberal, quería decir que a la poesía se le rogaba defender libremente la libertad de la economía de mercado y primero que todo de Francia dentro del curso mundial del mundo mundializado, así que si yo prefería agarrarme a esa impresión vaga y sin fundamento de la falta de poesía, si yo prefería aferrarme a una concepción romántica y anticuada de esa no-profesión inútil y sin el mínimo futuro, era que yo, tal y como debería ir confesando uno de estos días, era un pedazo de basura, ¿no? ¿Es que no puedes simplemente decirle a tu padre que sientes angustia por encontrar trabajo?

–Sí, es verdad

–¿Es que no puedes decir que cuanto más te angustias por encontrar trabajo más te angustias por tener un trabajo si alguna vez lo encuentras, a la vez que te angustia no encontrarlo?

Yo miraba a la gente que cruzaba por Bellecour, la estatua de Luis XIV condicionaba el espacio, la historia tiene un peso de toneladas. Nos falta naturaleza.

–Huele a tilo, Papá. ¿Lo hueles?
–Eso cuéntaselo a tus amigos poetas, que les interesará más

–No tengo amigos, Papá, ni poetas, ni nada
–Y vuelta a empezar, siempre quejándote.

Y mi padre clavó los talones en los flancos de su pura sangre todoterreno cuyo precio supera el entendimiento de las clases medias y fue desapareciendo al galope durante unos treinta segundos. El tiempo que tardo en liarme un porro de un solo papel. Desde hace poco estoy empezando a reducir. He encontrado un método que permite desarrollar los efectos sin cargarlo, hay que concentrarse para desconcentrarse e ir percibiendo las ideas en un campo de remolacha. Los cuervos desfilaban sin que nadie se lo ordenara, las nubes soltaban su sombra fragmentada sobre los bosques y las llanuras, topografías aún desconocidas iban a morir a ojos de satélites y el aire bochornoso borraba los millones de voces que se transportaban en silencio a lo largo de las extensiones infinitas del wifi, la opinión y la multitud, la multitud y la masa, la masa y las masas, las masas y las clases, ¿para qué pensar en eso si tu padre

se está yendo, como en tiempos de los tres estamentos, a caballo en coche por tu cerebro informe? La categoría socioprofesional carece de realidad, la resistencia es una noción eléctrica, el vocabulario se autoengaña, el sujeto está bajo vigilancia, el verbo no vale nada, el complemento está para quienes se lo pueden pagar, oh me gustaría comer algo que me cimiente, plátanos o patatas o un plato de pasta y beber leche con pajita o abrazar a una vaca, una vaquita de mi tamaño con los ojos húmedos, todo en una pradera de las de caja de queso camembert, iría por caminos circulares y pasteurizados junto a un río de agua clara y sauces retorcidos, el último lugar donde preguntarse si hay poesía o no en este momento.

–Venga, que estaba de broma
–Me ha quedado claro, Papá.

Las bicicletas, los viejos, los niños, la tecnología, la primavera, ni siquiera nada de eso procura un sentimiento de futuro.

–En realidad, he de decir que hables de poesía o de cualquier otra cosa no tiene la menor importancia
–Por supuesto, Papá

–Porque tú no tienes importancia
–Ya lo sé

–Tu vida no tiene importancia, el universo no tiene importancia, los titulares de la violencia legítima tienen toda la importancia y las consecuencias de la importancia de esos irresponsables son tan considerables que cualquier cosa que tú puedas decir no vale realmente nada

–Gracias, Papá, ya sé todo eso, me lo has dicho cien veces y siempre me dan ganas de morirme.

Mi padre se puso a señalar mi estado depresivo, a teorizar sobre la banalidad del mal de vivir que se extendía en primer lugar entre los individuos que lo tienen todo para ser felices mientras que otros no tienen nada y aun así son felices, pero como los problemas psicológicos nunca han sido de su competencia, se fue a pedir *sushi* y beber *sake* y cantar *Let it be* en un karaoke con unas chicas majas no muy caras y divertidas o con yo no sé quién de pago a cambio de buena compañía, en fin, que cuando volvió estaba de mejor humor.

–Venga, te escucho.

No sabía qué decir, en verdad no tenía nada que decir, claramente estaba buscando una razón para comerme la cabeza, como hago siempre, o el coco, algo que debería ir admitiendo, porque todo va bien en las tiendas, la gente parece normal, cierto que se ha puesto de moda el uniforme militar y el ejército se muere de aburrimiento paseándose súper despacio por la calle aunque la mitad no tiene más

que veinte años, pero a pesar de eso no es que esto parezca la República Democrática del Congo ni Siria ni Pakistán ni Sudán, aunque tampoco parezca exactamente Suiza.

–¿Estamos en guerra, Papá?
–¿Qué te hace pensar eso?
–No sé, todos esos militares delante de las tiendas
–Entonces estamos en guerra

–Pero la gente va de rebajas
–Entonces no estamos en guerra

–La policía está revisando los bolsos y pidiendo el carné de identidad
–Eso es que estamos en guerra

–Pero no hay tanques ni bombardeos sobre la noble villa de Lyon
–Pues no estamos guerra, entonces

–Hay tropas terrestres
–Entonces estamos en guerra

–Pero no hay batallas
–Eso es que no estamos en guerra

–La gente tiene miedo, Papá
–Porque estamos en guerra